

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

LA LECCIÓN DEL FERVOR

Siempre he sido un lector voraz pero —nos ocurre a todos— nunca como en la adolescencia. El tiempo era más vasto, las solicitudes del mundo menos apremiantes y mucho mayor mi capacidad de concentración. Para ir a la secundaria debía tomar un autobús y, como el trayecto era largo, casi siempre podía encontrar un asiento y entregarme a la lectura. Me había acostumbrado a la duración del viaje, siempre más o menos la misma, y a despegar cada vez la vista del libro en el preciso instante en que debía cerrarlo. Un día, sin embargo, sentí llegar ese momento, miré por la ventanilla, dudé unos segundos y volví a las páginas. Estaba leyendo una novela: *Figura de paja*, de Juan García Ponce.

Hace un par de días volví a leer esa novela y aunque —lo confieso— no me sedujo como entonces, creí reconocer el origen de aquella fascinación, que se extendería a casi toda la obra y, a través de ella, a la personalidad de su autor y que, además, no era sólo mía sino común a buena parte de mis estrictos contemporáneos. Los adeptos o, mejor dicho, los fieles de Juan García Ponce —no sólo de sus libros— entre los lectores de mi generación son numerosos y mi lectura de sus novelas y ensayos, sin dejar de ser, como todas las que valen, absolutamente personal e intransferible, era al mismo tiempo parte de una experiencia colectiva, tan decisiva en muchos casos como lo fueron la lectura de Eliot y Pense, de Góngora y Quevedo, de Ungaretti y Montale, de Gorostiza y Paz. Con el tiempo he descubierto otros autores y he dejado de frecuentar la mayor parte de los libros de García Ponce, aunque a veces los recuerde y todavía visite, de vez en cuando, las páginas de *La errancia sin fin*, los relatos de *Encuentros*, algunos ensayos de *Desconsideraciones* y ciertos capítulos de la *Crónica de la intervención*. Mi gusto se queda ahora con unos cuantos volúmenes suyos, pero está formado por la lectura de todos y sé que íntimamente cada línea que escribo sigue siéndoles fiel de un modo secreto y acaso contradictorio.

Lo que, a lo largo de muchos años, nos ayudó a descubrir Juan García Ponce es mucho más que una literatura, más que una visión del mundo y una actitud ante la vida. Quiero decir que no sólo nos enseñó, con una pasión y una inteligencia insobornables, a leer a autores como Mann, Pavese, Musil y Klossowski; no sólo nos llevó, como Octavio Paz pero por otros caminos, a descubrir los privi-

legios de la vista; no sólo nos demostró, como antes los Contemporáneos, que sólo se podía ser buenos escritores mexicanos siendo muy buenos lectores europeos y, por qué no, universales; además, en sus juicios como en sus elecciones, razonada o arbitrariamente, nos hizo ver que el ejercicio de la literatura implicaba el ejercicio de la libertad y que esa libertad necesitaba ser constantemente defendida ante los embates de la estupidez y la ignorancia. Pero, aunque todo ello es importante y —mejor aún— es irrenunciable, la lección principal de García Ponce es otra.

Hace un par de días, al releer *Figura de paja* y advertir cómo cada uno de los gestos, cada una de las palabras, cada uno de los actos de los personajes de la novela aparecían cargados de una importancia que poco tenía que ver con su papel en el desarrollo de la trama y mucho, en cambio, con el resplandor de una evidencia (en sus primeros ensayos García Ponce hablaba, a propósito de Pavese, de un "claro misterio"), entendí que el poder de seducción de esas páginas, como la de todas las escritas por su autor, provenía del fervor de la mirada que las había escrito. Eso es, me parece, lo que muchos le debemos a García Ponce y que es casi tanto como una vocación: el fervor de la mirada.

Nos da mucho gusto, a todos sus amigos, que le hayan otorgado el Premio Nacional de Literatura.

A.A.

SAJAROV

Si Alexandr Soljenitsin ha encarnado el espíritu de resistencia al totalitarismo, Andrei Sajarov fue su conciencia. Soljenitsin se ha opuesto al sovietismo desde el fondo del alma rusa; Sajarov lo hizo desde la perspectiva de la democracia occidental. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que la lucha de uno haya sido más valiosa que la del otro. Quiere decir, en cambio, que tiene otras características, por la sencilla razón de que, mientras que Soljenitsin ha sido en último término un místico, encarnación de los valores de la antigua Rusia, Sajarov fue un científico, un hombre de su tiempo, que no vislumbraba el porvenir libre del totalitarismo en el pasado sino en el presente de la democracia moderna. Un presente, aclaro, que no es un olvido de la historia. Sajarov recupera el sueño de una Rusia democrática, es decir, occidental, es decir, europea, que alentó en pensadores del siglo pasado como Alexandr Herzen.

Físico e hijo de un físico, el Premio Nobel de la Paz de 1975 fue un tranquilo miembro del *stablishment* soviético hasta que, en 1957, cobró conciencia de los peligros de la radioactividad e inició una campaña para poner fin a las pruebas nucleares. El hombre que hizo posible que la Unión Soviética tuviera la bomba H antes que los Estados Unidos dejó poco a poco de ser el orgullo de la nomenclatura y tomó el camino de la disidencia.

Antes de romper con el sovietismo, Sajarov intentó convencer a los dirigentes de su país de la conveniencia de acercarse a Occidente. A su juicio, el acercamiento debía partir de la desmilitarización, del libre intercambio de información y de acuerdos que permitieran compartir los beneficios del progreso científico y ayudaran a evitar sus riesgos: la catástrofe nuclear, la contaminación ambiental y la despersonalización de los individuos.

Sajarov —no es necesario decirlo— no fue escuchado y se vio obligado a enfrentarse al aparato burocrático y a soportar un hostigamiento cada vez más duro. Como Soljenitsin, empezó a luchar por los derechos del hombre y del ciudadano. Fundó el comité moscovita de los derechos humanos; emprendió la defensa de los tártaros de Crimea (deportados por Stalin al Asia central en 1944), de presos políticos como Amalrik, Bukovski, Plutic, Marchenko; de las personas sin pasaporte interior; de los judíos que querían emigrar; de las minorías sin autonomía cultural...

Las presiones de las autoridades soviéticas contra estos defensores de los derechos humanos culminaron, primero, en la expulsión de Soljenitsin de la Unión Soviética y, después, en el exilio interior de Sajarov en Gorki.

Sajarov fue rescatado del exilio por Gorbachov y muy pronto, gracias a la política de la *glasnost* y la *perestroika*, pudo encabezar abiertamente, junto con Yeltsin, la oposición. Su muerte cierra un capítulo de la historia de la disidencia en la Unión Soviética, pero ocurre en el contexto de unas reformas en el que, al parecer, pudo al fin ser escuchado. Fue, sin lugar a dudas, un hombre excepcional en un universo poblado de feroces vulgaridades. Un luchador por los derechos humanos que abrió el camino a los cambios que hoy se viven en la Unión Soviética y en la Europa central. Desempeñó un papel relevante en la historia de nuestro siglo y su ausencia nos pesa. Con él renació el espíritu de Herzen, el europeísmo ruso.

JULIÁN MEZA